

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Del libro ilustrado de Dios –
Jesús cuenta parábolas (parte 1)
(6 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Del libro ilustrado de Dios – Jesús cuenta parábolas (parte 1) (6 días)

Día 1

Mt. 13:44-46

El tesoro escondido

Jesús a menudo trata de asuntos importantes de la fe, en forma de narraciones ilustradas. Esto puede ser un obstáculo para la comprensión del oyente, o incluso para el juicio, si se cierra a Jesús (Mt. 13:10,13-15). Por otro lado, las parábolas son una ayuda eficaz para entender las verdades espirituales cuando el oyente tiene el corazón abierto en su enfoque (Mt. 13:11,16,17).

Algunas narraciones hablan en forma especial del “reino de los cielos” o “reino de Dios”. Este reino no es de este mundo, es un reino futuro (Mt. 8:11; Jn. 18:36). Pero al mismo tiempo, ahora está en medio de nosotros y podemos formar parte en él (Lc. 17:20,21; Col. 1:13). Se trata de un reino, que Jesús compara en nuestra parábola, con un tesoro y con una perla.

Los dos hallazgos son de tanto valor a los ojos de los descubridores, que todo lo demás pierde su significado. Esto se demuestra en forma especial, en el ejemplo de la perla. En el mercado actual de perlas, importan casi solo las perlas de cultivo. En aquel tiempo se buscaba las perlas en el golfo Pérsico, en el Mar Rojo y en el Océano Índico.

Se necesitan entre 10 y 50 años para que se forme una perla dentro de una concha, después de que un cuerpo extraño ha penetrado en ella. Los hallazgos de perlas fueron el resultado de un laborioso trabajo de buceo. Se diferenciaban en forma y tamaño.

Una perla particularmente bien formada y grande, tenía un valor de rareza y representaba, según la moneda de la época, una fortuna millonaria. En los tiempos del Nuevo Testamento la perla era, por lo tanto, una imagen bien conocida por el valor más alto de la vida.

La parábola señala: no hay nada más importante y valioso que pertenecer al reino de Dios (comp. Mr. 9:47; Mt. 6:33). Jesucristo nos posibilita no solamente una “visa” a su reino, sino la legítima “ciudadanía” (Jn. 14:6; Fil. 3:20).

Por eso también se entiende la perla y el tesoro, como figura del Hijo de Dios. De veras, ¡un tesoro incomparable!

Día 2

Mt. 13:44-46; Is. 55:6; Sal. 84:2,3

Encontrar el tesoro

Ahí está aquel hombre, quien al realizar su trabajo cotidiano, de repente encuentra un tesoro. Quizás al preparar el suelo de su campo para la siembra, sintió una resistencia dura. Él tuvo que interrumpir su trabajo acostumbrado y fijarse por el obstáculo – una interrupción molesta. Sin embargo, ¡así lo encuentra!

Entonces es posible, que un obstáculo, algo que nos hace tropezar o alguna molestia, no signifique para nosotros una interrupción y pérdida, sino una parada que nos conecta con el tesoro. “... fui hallado por los que no me buscaban” (Is. 65:1a).

En cambio, el mercader de perlas, continuamente está atento para encontrar perlas valiosas. ¡Cuánto tiempo y fuerza habrá invertido, cuántas incomodidades por sus largos viajes habrá soportado!

Su hallazgo es resultado de una intensa búsqueda. También aquí está vigente la promesa de Dios: si “me buscaréis de todo vuestro corazón, seré hallado por vosotros” (Jer. 29:13a,14a). Dios mismo tiene el mayor interés a que los hombres le encuentren y lleguen a ser ciudadanos de Su reino. ¿Por qué?

Nosotros preguntamos: “¿por qué permite Dios esto?” Y pensamos en acontecimientos angustiantes e incomprensibles. Valdría la pena preguntar de otra manera: ¿por qué soy tan importante para Dios, para que Él se presente a mí como el más precioso tesoro? ¿Porqué se ocupa de mí, que tantas veces soy desagradecido, lo olvido o le desatiendo y considero otras cosas como más importantes? ¿Por qué Jesús soporta todo esto y se deja clavar en la cruz por mi culpa?

La respuesta de la Biblia es sencilla, pero también inconcebible: porque Él me ama (Jn. 3:16).

En el tesoro incomparable me encuentro con un Señor incomparable al que quiero pertenecer a toda costa y al que quiero respetar, honrar y amar siempre (Dt. 6:1,2; Dn. 3:17,18; Ap. 15:3,4).

Día 3

Mt. 13:44-46; 16:26,27

Ganar el tesoro

En nuestra parábola, el concepto “encontrar” no significa “poseer”. Ninguna de las personas nombradas aquí, se hace rica por haber encontrado el tesoro. Ellas lo tienen que “adquirir”. Para eso venden todo lo que era hasta ahora su posesión.

Esto puede llegar a ser malinterpretado en el sentido de: “es así, el asunto con Dios tiene un inconveniente. Primero se habla de un tesoro, de una invitación y de amor. Pero después se trata de un alto precio de compra, de sacrificio, renuncia y abandonar algo. ¿Acaso no se trata aquí de mérito en lugar de gracia?”

Sin embargo, el pensamiento de pérdida y rendimiento, no se toca en nuestro texto bíblico. La palabra griega que aquí se usa para “vender”, es una fuerte expresión con el significado de “traicionar, entregar, o de no considerar bueno”. Tanto el hombre de campo como también el mercader no “renuncian”, sino se desprenden de algo que ya no consideran bueno. Ellos tienen en vista algo mejor. Leemos: “y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene”.

Vender todo significa entonces:

- una completa y nueva valoración de todo lo que hasta ahora era importante para la vida. Jesús y Su reino no pueden ser una cuestión entre muchas otras. El que lo tiene a Él, ya no necesita lo que hasta ahora consideraba como un tesoro (comp. Fil. 3:7,8; Mt. 6:21).

“Aquel no es un tonto que da lo que no puede mantener, para ganar lo que no puede perder” (J. Elliot).

- una nueva orientación radical. A este Señor se deben asignar, someter y subordinar todos los ámbitos de la vida. La vida tiene entonces nuevas prioridades.

En el sentido más profundo, no llego a ser poseedor del tesoro, sino el tesoro me posee a mí. En Jesús, Dios nos ha escogido para que fuéramos Su “posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Ef. 1:14; comp. Tit. 2:14; 1.P. 2:9).

Día 4

Lc. 13:18,19

Extrañamente pequeño y poco llamativo

La región mediterránea es el lugar preferido donde crece la llamada “mostaza negra”. La planta desarrolla vainas en las que se encuentran los granos de semilla de un tamaño de 0,95 a 1,1 mm de diámetro. Alrededor de 100 granos llegan a pesar 1 g.

Si en Israel se quería describir algo como muy pequeño, se hablaba del grano de mostaza. ¡Justamente tan pequeño es el comienzo del reino de Dios! “Jesús entra al escenario del mundo. Pero los centros culturales griegos y romanos, no se dan cuenta de ‘una tormenta en un vaso de agua’ – igual que más tarde los clásicos de la llamada Edad Moderna muy poco hicieron caso de Él” (H. Thielicke).

Mientras que los medios compiten por las primeras imágenes de la tan esperada descendencia de una familia real o, informan sobre las cifras de crecimiento de una empresa influyente, Dios no depende en absoluto de los titulares y los anuncios. Él puede permitirse el lujo de actuar en silencio, de forma encubierta y discreta.

Él comienza con su promesa de bendición a Abraham (Gn. 12:1-3). De su descendencia se elige “el más insignificante de todos los pueblos” (Dt. 7:7). La pequeña ciudad de Belén, llega a ser el lugar de nacimiento del Señor, cuyas “salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi. 5:2). Jesús llega como pequeño bebé en un establo a nuestro mundo (Lc. 2:12). Él recorre el pequeño país de Israel como predicador ambulante, sin bienes personales (Lc. 9:58).

Él llama a doce hombres a que le sigan, de los cuales uno llega a ser traidor (Lc. 6:12-16).

¿Podemos nosotros asimilar y aceptar esta manera de actuar de Dios, o ya estamos completamente influenciados de nuestro tiempo, en el que cuentan sobre todo la profesionalidad, la belleza, el rendimiento, el éxito y la grandeza?

El Señor no pasa por alto el pequeño don, ni la pequeña fuerza (Mr. 12:41-44; Ap. 3:8). “Lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1.Co. 1:28,29).

Día 5

Lc. 13:18,19; 12:32

Asombrosamente grande en lo pequeño

Es fácil pasar por alto y subestimar por completo, a un solo grano de mostaza. Pero él es mucho más que un grano insignificante: ¡es semilla! Por eso, en nuestra parábola, se lo siembra en un campo. Allí puede germinar, echar raíces y crecer.

Lo pequeño es un comienzo y abarca un potencial inimaginable.

Nosotros solo podemos maravillarnos por la manera en que Dios coloca en su creación, lo grande en lo más pequeño. Así se encuentra en un óvulo humano fecundado, el milagro de una personalidad que jamás haya existido. Solo necesita tiempo de crecimiento, para que llegue a la madurez completa.

Pero también, las cosas muy profanas que pertenecen a nuestro estado humano, disponen de asombrosas posibilidades de desarrollo. Así se crearon de pocas letras de nuestro abecedario, obras maestras de literatura. Tenemos mucha razón al no dejarnos desanimar de pequeños comienzos y medios modestos. “A una humanidad que considera lo grandioso como necesidad, Jesús le dice: ¡Tened cuidado de lo pequeño! Un vaso de agua fresca, una visita a un enfermo, la amable recepción de un desconocido – estas son pequeñas cosas. Pero, como el grano de mostaza, así pueden llegar a tener un significado inimaginable” (N. R. Lightfoot; comp. Mt. 10:42; 25:35-40).

Inesperado significado tenía también, una pequeña Biblia de los gedeones, que alguien entregó a alguien. ¿El receptor no la habrá querido, o la perdió? La Biblia quedó sobre un banco de una galería comercial. Allí la encontró el señor F., quien, después de dos inviernos de desamparo, había llegado al punto cero, tanto física como psíquicamente. Por pura desesperanza comenzó a leer esa Biblia y empezó a hablar con Dios acerca de su situación sin salida.

Se animó a ordenar su vida culpable, se entregó a la policía y pidió perdón a personas que había perjudicado. Esto fue el comienzo de una vida completamente nueva. Siendo uno al que habían ayudado, se preocupa ahora por personas que necesitan apoyo y alienta a otros a confiar en Jesucristo.

Día 6

Lc. 13:18,19; Mt. 6:9-13

Grandeza prometedor

El reino de Dios comienza como algo muy modesto. Pero Jesús dice a todos los decepcionados o creyentes impacientes con esta parábola: ¡Esperen algo grande! Del pequeño grano de mostaza crecerá un árbol. La mostaza negra se considera botánicamente un arbusto, pero es posible que crezca a la altura de 3 metros. Aunque la altura en este caso, no es lo único importante. Las aves del cielo son atraídas y hacen nidos en sus ramas. “Árbol” y “aves”, para el judío son figuras conocidas de los libros proféticos. El árbol puede simbolizar un reino terrenal (Dn. 4:7-9,17-19) o ser una señal del reino de Dios apocalíptico (Is. 11:1).

Los pájaros que llegan volando de todos los puntos cardinales, significan el mundo de los pueblos (Ez. 17:22-24). “Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios” (Lc. 13:29).

Aunque la incredulidad en nuestros días triunfare, el reino de Dios llegará en su momento, a su total desarrollo. La parábola nos advierte de la falsa grandeza y del falso afán de poder. Helmut Thielicke escribe: “No busque usted a las ramas, sino cuida el grano”.

La grandeza que se nos presenta aquí, tiene carácter prometedor. No sabemos cuándo el Señor levantará visiblemente su reino.

A sus discípulos Jesús les dijo: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hch. 1:7; comp. Mt. 24:36).

Hasta aquel momento tenemos el gran privilegio y al mismo tiempo la urgente tarea, de testificar de Jesucristo e invitar a Su reino (Mt. 24:13,14). Nuestro servicio puede llevarse a cabo con esperanza, a pesar de cargas y peligros, porque se nos dirá: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Ap. 11:15b).